



## Entre-Vistas

### Langdon Winner

Andrés Lomeña

(UCM - Cibersomosaguas)

*La ballena y el reactor: Una búsqueda de los límites en la era de la alta tecnología* se reeditó en 2008 con un prólogo de Javier Bustamante. Su autor, el politólogo Langdon Winner, ha sido uno de los pioneros en criticar la fascinación tecnológica de Occidente y en reflexionar sobre las consecuencias políticas, sociales y filosóficas de la tecnología. Su preocupación se ha centrado en cómo casi todos los aspectos de la vida humana han quedado sometidos a consideraciones de coste-beneficio. Esto le llevó a escribir un libro cuyo título nace de la epifanía que le hizo entender los problemas más acuciantes de las sociedades altamente tecnológizadas.

Winner cuestionó tempranamente el dogma de la neutralidad tecnológica y expuso cómo los artefactos pueden tener intencionalidad política. Para ello usó varios y poderosos ejemplos: los pasos elevados de Long Island, denunciando los propósitos segregacionistas del planeamiento urbano en Nueva York, o la cosechadora mecánica de tomates, que alteró drásticamente la distribución del poder de la agricultura californiana.

Si Lewis Mumford puede considerarse el antecesor directo de Winner, muchos otros autores han sido deudores indirectos de sus escritos. Los estudios de la ciencia (con la teoría del acto-

r-red a la cabeza) han heredado esa concepción de la tecnología como algo inherentemente político, no como un actor pasivo, frío e imparcial.

### **La sociedad parece un barco que sigue a la ballena Moby Dick. ¿Quién es el capitán Ahab que nos conduce hacia la autodestrucción?**

Todos nosotros somos el capitán Ahab, o al menos la mayoría de las personas de Norteamérica y Europa. La ballena de la novela es el símbolo de una búsqueda trastornada para lograr poder sobre la naturaleza, un proyecto que ha fracasado de incontables maneras con consecuencias catastróficas. En el corazón del problema están las fantasías de poder, las cuales han ocupado un lugar central en nuestra cultura, especialmente en Estados Unidos. Los signos inequívocos del cambio climático, la polución, el colapso del ecosistema y el trastorno social son más que obvios; la tendencia de aquellos que controlan los diales de la civilización contemporánea es amplificar nuestras fantasías de poder a los niveles más elevados del exceso. Puedes ver esto, por ejemplo, en el cine popular estadounidense, cuyas escenas de explosiones, accidentes, disparos y otras formas de violencia son las estrellas reales de casi cada película. En la publicidad es igual, especialmente en los anuncios de televisión de coches, donde encontramos la misma psicología básica que nos vincula a la velocidad, la fuerza y la sexualidad. El objetivo subyacente es llamar la atención de la audiencia en la adictiva voluntad de poder y convencerlos de que esas fuerzas letales están en última instancia bajo el control personal. Argumentos similares constituyen el tipo de retórica política irresponsable que hemos visto en los discursos sobre “la guerra contra el terror”.

### **Gracias a usted comprendemos que los artefactos tienen “política”. Usted ha continuado la crítica de las tecnologías. ¿Cuál es el legado de Lewis Mumford? ¿Y el suyo?**

Lewis Mumford comprendió las causas y manifestaciones más importantes de los problemas que nos afligen hoy. Su último gran libro, *El mito de la máquina*, ofrece un análisis sin fisuras de lo que él llamó el retorcido y complejo “Poder”, es decir, manías inhumanas de las que surgieron los conflictos. Incluso en las partes del conjunto más populares, como la exploración espacial, él identificó un abrazo incondicional a la muerte y un rechazo de la vida. Mumford comprendió la política de los artefactos en el largo alcance. Así, comparó las “megamáquinas” construidas por los reyes antiguos y los emperadores con entidades idénticas ligadas al sistema político de nuestro tiempo. Mumford reconoció que las instituciones centrales y las prácticas de las sociedades tecnológicamente avanzadas son básicamente autoritarias, y temió que éstas estuvieran embotando formas sensatas de democracia. En mi opinión, sus anticipaciones han sido completamente proféticas. En Estados Unidos, el Pentágono y otros instrumentos del Estado han caminado hacia la destrucción de garantías ciudadanas aprobadas por la declaración de derechos. Pero nuestros líderes nos dicen que no nos preocupemos: “Éste es el precio que debemos pagar por nuestra seguridad”. El legado de Mumford permanece entre aquellos que piensan seriamente sobre las ciudades, la arquitectura y la civilización moderna. Pero muchas personas

encuentran este mensaje pasado de moda o simplemente negativo. Hace poco pedí a algunos de mis alumnos que leyeran a Mumford. Aunque aceptaban algunos de sus argumentos, encontraron su escritura anticuada y su mensaje poco apetecible. Claro, ellos adoran la fe que Mumford desdeñó: la religión de la salvación a través de la tecnología.

En cuanto a mi propio legado, no tengo ni idea de cuál podría ser. Otros tendrán que ponderar eso, si quieren. Pero puedo decir algo sobre lo que he intentado hacer. En un periodo histórico en el cual la mayoría de las prácticas humanas y de las instituciones han estado impulsadas con nuevas tecnologías de una clase u otra, yo he intentado localizar algunas cuestiones de teoría política que nos ayuden a comprender el significado de esos desarrollos, y así quizás tomemos mejores decisiones.

### **¿Podría comparar su trabajo teórico con el de Alvin Toffler?**

Considero a Toffler un observador de tendencias y un impulsor de la tecnología. Sus primeros días como “organizador” de relaciones laborales no parecen haber saciado su deseo de éxito. Después de un tiempo, su mensaje era el de obtener más cosas y movimientos cada vez más rápidos como camino hacia la satisfacción humana. Esto fue muy popular durante los ochenta y los noventa. Ayudó el negocio de la alta tecnología, el cual piensa que el “zoom” es un punto de vista coherente y satisfactorio. Los escritos de Toffler anuncian cambios pero evitan cuidadosamente una reflexión crítica sobre éstos. Su pensamiento me recuerda al zumbido que escuchas en un amplificador mal conectado.

### **Theodore Roszak aporta una especie de manifiesto para el uso de las tecnologías. ¿Cuál es su advertencia contra los dioses de silicio?**

Un momento crucial a finales del siglo veinte es el tropiezo con tecnologías que implican decisiones aparentemente obvias. ¿La sociedad se tomaría en serio la evidencia de una crisis energética combinada con una crisis del medio ambiente que salió a la superficie en los setenta? ¿Actuaría con vigor para encontrar soluciones? ¿O, por el contrario, se regodearía en el entusiasmo de la electrónica y la economía de libre mercado que pareció tan seductora en los ochenta, en la era de Ronald Reagan? La mayoría de las sociedades occidentales escogieron el último camino, para detrimento nuestro. Roszak fue uno de los escritores que discutieron las opciones intelectuales y espirituales en juego.

No estoy seguro de quiénes son los dioses de silicio que mencionas. Las nuevas tecnologías electrónicas no son, por sí mismas, especialmente objetables. Es muy frecuente, en cambio, la fascinación de las personas por instrumentos que eclipsan cualquier atención a los límites que necesitan ponderarse antes de empezar a tomar decisiones. ¿Cuáles son nuestros propósitos fundamentales? ¿Qué beneficios son los primeros que queremos obtener?

Una buena ilustración de la victoria del medio digital sobre los límites puede verse en las escuelas. Ha habido una revolución tecnológica después de otra y tanto administradores como profesores y padres han perseguido a la gran ballena blanca. El último objeto de atracción parece ser la “pizarra inteligente”, un ordenador de alta definición que muchos quieren instalar en cualquier reunión de niños. Evidentemente, la pequeña pantalla del portátil no es suficiente, aunque ésta fuera celebrada hace unos pocos años. Perdidos en el interminable barullo de las adquisiciones ostentosas, hay una pregunta simple sobre los límites de la educación: ¿Qué necesitan los niños?

**Usted tuvo una epifanía cuando vio una ballena junto a un gran reactor, de ahí el título de su libro más importante. Mi propia epifanía sería: “El niño y la piedra”. Tuve un cálculo renal con menos de doce años. Las nuevas tecnologías lo eliminaron, pero los médicos tuvieron que decidir qué clase de tecnología era menos lesiva. La moraleja es que la política siempre está al final del camino. Como conclusión, ¿necesitamos nuevas epifanías para nuevas generaciones?**

Tu historia sobre la piedra en el riñón es muy adecuada para este caso. Una historia que no conté en el último capítulo ocurrió en mis primeros días de vida. Yo nací en urgencias con dos meses de antelación. El doctor dijo a mi padre: “Su hijo no vivirá, pero espero poder salvar a su mujer”. Los médicos y enfermeras pusieron juntos una incubadora rudimentaria porque en tiempos de guerra no había otra disponible. De este modo, my vida dependía de aquel aparato y de la buena voluntad de quienes lo construyeron. En este sentido, soy completamente “protecnología”. Por lo demás, tú no puedes escoger epifanías. Éstas simplemente suceden. Si estás abierto a la experiencia puedes aprender algo. En los años venideros, la evidencia del cambio climático impactará a las personas sobre cómo nuestras emisiones están jodiendo el planeta. Por ejemplo, el oso polar que nadó decenas de kilómetros más allá de su hábitat para buscar comida en Islandia... Ésa puede haber sido la epifanía de alguien. Desgraciadamente, los islandeses no sabían qué hacer con esa extraña bestia, así que cogieron un rifle y dispararon. No puedo predecir qué respuestas y epifanías prevalecerán en las generaciones futuras. ¿Construirán el equivalente de vida de las incubadoras o sacarán sus armas y empezarán a disparar?